



LA **VIOLENCIA:** Reflexiones necesarias sobre un mapa para significar

Miguel Bazdresch Parada*

Nuestro mundo lleno de violencia cotidiana en la vida social excita nuestro mundo interior emocional y nos hace presa la incompreensión. Los hechos violentos, repetidos, más cercanos en tiempo y espacio y con una frecuencia que se incrementa día a día, impiden el recurso a la comprensión de ese mundo percibido como desajustado, improbable y amenazante.

Ante esta dificultad de comprender conviene intentar modos de recurrir a la inteligencia de los hechos, para significarlos y verificar la índole de los mismos, no obstante se parezca a una insolencia ante la urgencia y gravedad de las consecuencias de la violencia cotidiana. La incomodidad sentida está en contra del intento y por eso la búsqueda ha de ser tenaz y reiterada: tantas veces como se interrumpa el intento, tantas cuantas parezca una necesidad. El autor de estas líneas está convencido, y es el supuesto desde el cual se construyen estas notas, de que es la única acción humana capaz de hacernos vivir en medio de los acontecimientos violentos fuera de la mágica suspensión de los mismos, lo cual parece lejano en el tiempo.

Las anotaciones a continuación son más una intuición informada que el resultado de una investigación exhaustiva y se proponen a modo de un mapa por el cual transitar de la ansiedad a la tranquilidad interior capaz de lidiar con la incerteza del absurdo. Desde luego, como todo mapa hace falta usarlo y recorrerlo para verificar sus equivocaciones, errores y simplificaciones. Por eso, compartirlo ahora no pretende ser una lección sino una extensión de la búsqueda. También, por lo mismo, es necesario solicitar desde ahora la generosidad, la paciencia y la bondad de los lectores para corregir y completar el mapa. O para desecharlo si de plano es inservible.

* Académico investigador
del Departamento de Ética y
Valores, Instituto Tecnológico
y de Estudios Superiores
de Occidente (ITESO)
mbazdres@iteso.mx

Primer paso

Violencia es... cualquier relación, proceso o condición por el cual un individuo, un grupo o una institución interviene, sin permiso de los sujetos y mediante el uso desmedido de la fuerza, la integridad física, social y/o psicológica de otra persona o de otro grupo.

Sentir qué sentimos es el primer paso. La violencia es un fenómeno excitante de las emociones y sentimientos del ser humano, por esa puerta entra a nuestro mundo interior; entra en nuestro cuerpo, en nuestro ser todo. Y por esa puerta también sale, desde ciertas honduras insospechadas nuestras, proyectada hacia los otros, quienes nos acompañan, quienes viven en nuestro tiempo. ¿Qué sentimos?, es la pregunta punto de partida de una posible comprensión. Para el caso de la violencia no es recomendable empezar con, ¿qué es... la violencia? Tampoco conviene empezar con la pregunta: ¿qué hace la autoridad para eliminarla? Ambas cuestiones, y otras semejantes, nos desvían del dato central de la excitación interna nuestra; pueden alejarnos de cualquier comprensión posible.

La violencia es ante todo una excitación interna. Nos pone en contacto con un recurso de nuestra cultura: la fuerza, no sólo la fuerza física, también la fuerza psíquica, simbólica o verbal. Esa movilización de nuestro interior ante un hecho externo, un dicho, un suceso, una situación que se nos presenta y se nos encima literalmente, se dirige hacia el objeto o el sujeto en quien identificamos la causa del hecho o situación invasora y puede tener múltiples manifestaciones.

Una posible es la reacción espontánea. Lo espontáneo en el ser humano es tratar de rechazar o repeler aquel objeto o sujeto causante de la excitación con la fuerza que podamos acumular en ese momento; en otros casos la espontaneidad se expresa en forma de alejarse o protegerse del origen de la violencia para evitar sus efectos, es una reacción de protección. Otra demostración espontánea, y poco frecuente en las personas comunes, es la reacción entrenada a usar la fuerza para contrarrestar la causa visible del hecho violento: oponer la fuerza a la fuerza. Otra manifestación más frecuente, y también espontánea, es la parálisis. Es tan fuerte el impacto emocional que el cuerpo «se cierra» pues no quiere ver, saber, sentir o hacer. Rechazar, suprimir, protegerse, defenderse o la quietud son las consecuencias de la afectación de nuestro mundo emocional. Ahí está, anidado, el primer dato de una posible comprensión: ¿qué sentimos a consecuencia de esa excitación interna, suscitada por el uso de la fuerza sobre o encima o al lado de nosotros?

Miedo, incertidumbre, inseguridad, impotencia, coraje, furia, ansiedad, voy a morir, son palabras con las cuales expresan sus sentimientos los testigos, víctimas o espectadores de un acto violento. Todos son sentimientos con los cuales se producen conmociones fuertes en las personas. ¿Qué han sentido los lectores cuando se involucran en un acto violento? Primer paso.

Segundo paso

Violencia es... el deterioro extremo de una situación social, que representa la ausencia de una vía política y tolerante para la resolución de los conflictos.

Las emociones y sentimientos suscitados frente a la violencia observada o sufrida, más tarde o más temprano hacen surgir una pregunta que puede ser terrible: ¿puedo actuar yo con violencia? La respuesta es sí, es posible. Todos tenemos el recurso de la fuerza física, moral, simbólica, psi-

La violencia es ante todo una excitación interna. Nos pone en contacto con un recurso de nuestra cultura: la fuerza

quica o del poder; y la experiencia ha de informarnos además si ese recurso ha sido usado de manera controlada o de manera descontrolada. Esto hace la diferencia: la fuerza usada de manera descontrolada o el recurso a la fuerza cuando la persona está descontrolada, dominada por los sentimientos, enfurecida, enardecida o quizá peor, templada por el odio, es un recurso violento.

La violencia existe. Es un hecho. Puede ser frecuente como en estos tiempos o menos frecuente en otros. La violencia tiene diversas manifestaciones, algunas muy perversas, otras muy burdas, y se nos impone personal o colectivamente. No podemos descartar la posibilidad de actuar, individual o en conjunto, con violencia en algún momento de nuestra vida. Sólo quien se sabe posible presa de la violencia es quien puede empezar a controlar el acceso y uso a la fuerza, cualquiera que sea la magnitud de ese acceso.



Olvido - inútil

El segundo paso es, pues, identificar y valorar nuestras posibilidades individuales y colectivas de acceso y uso descontrolado de la fuerza. Las cifras de quien cuenta los fenómenos en nuestro país nos dice que al menos la mitad de las familias mexicanas han tenido en el último año un episodio de violencia dentro de su seno. Más fuerte es el fenómeno en las escuelas mexicanas: 8 de cada 10 niños de primaria reportan que han sido maltratados verbalmente en su escuela, de manera recurrente, por los compañeros. ¿Estamos dentro de esos grupos? Se pueden repasar otras cifras o conteos reportados por investigadores y por las autoridades. Más allá de estos datos duros, para sustentar la importancia de la pregunta del segundo paso en el mapa, recordemos la índole casi indomable de los sentimientos y las emociones. Lo aceptamos con facilidad, por ejemplo, cuando nos referimos al amor entre personas. El amor por otro, otra, surge y si hay correspondencia no se puede acabar, destruir o impedir, salvo con métodos perversos. De manera semejante un hecho o un dicho puede afectarnos de manera tal, que al quererlo rechazar o eliminar lo atacamos con fuerza descontrolada, sea física, verbal o simbólica.

Reconocer cuáles situaciones, hechos, dichos nos afectan, que despiertan nuestros ánimos con tal intensidad que parecen descontrolarse, es un imperativo para aprender de nosotros mismos cuándo podemos violentarnos y aprender cómo podemos

controlar el descontrol. Fernando Savater, en el libro *Valor de educar*, nos explica cómo frente a la violencia presentada por la televisión en programas y noticias, lo importante no es negar el acceso a esas imágenes o hechos a niños y jóvenes, sino acompañarlos a descubrir si en ellos se despierta la violencia o no y en todo caso aprender de ese despertar y sus motivos para construir una red de protección y control autónoma y a la vez colectiva, primero en la familia y luego en la escuela.

Usar la fuerza como recurso es humano. Es parte de la cultura del ser humano, ese acumulado de saber qué, cómo, cuándo y para qué sí y para qué no. Es un recurso con densidad y como

todo recurso tiene su racionalidad. Desconocerla es previo de mal uso o uso descontrolado. Conocer la racionalidad es supuesto necesario para usarla de manera pertinente para fines congruentes con esa racionalidad.

Por ejemplo, los participantes en un conflicto, de la magnitud que sea, agradecen o pueden agradecer, la intervención mediadora de un personaje con fuerza moral capaz de convencer a las partes a negociar y a ponerse de acuerdo. La mediación y la negociación es una fuerza simbólica y, bien usada, puede convencer a quienes detentan posturas en apariencia intransigentes. Mal usada puede suscitar confianza en alguna de las partes con el sólo propósito de traicionar o hacer perder al confiado.

No nos cuesta trabajo distinguir la fuerza que surge de nosotros mismos. La usamos de manera cotidiana para enfrentar el desafío del mundo y de nuestros semejantes, por eso el punto está en reconocer cuando se convierte en violencia, cuándo podemos ser o somos violentos. ¿Es posible reconocer esta posibilidad en los hechos? Es posible si damos el siguiente paso.

Tercer paso

La violencia es... desde la fuente de (cualquier) poder, la dominación, la injerencia de unos para controlar a otros y subordinar sus propias capacidades y habilidades a las decisiones de los primeros. Es el resultado de la exclusión.

El siguiente paso es preguntarnos y reconocer, ¿cómo convivimos? Las formas, estilos y características de nuestra convivencia indican cómo vamos a usar y cómo usamos de hecho nuestras fuerzas: con pertinencia y congruencia o no.

En la cotidianidad llamamos «violencia» a las manifestaciones enardecidas del uso de la fuerza. Sabemos la complejidad subyacente al proceso mediante el cual la fuerza personal suscitada por un hecho exterior se teje con excitación emocional y se resuelve en una conducta descontrolada e intimidante. ¿Cómo reconocer los indicios de ese proceso complejo e interior de personas y grupos? Lo primero es reconocer la índole de la dificultad a vencer:

Considero que la dificultad estriba en la vinculación ineludible de la violencia con la interacción ente las personas. La violencia se presenta por causas que están tejidas a los intercambios entre la persona y su medio o con otras personas o con ambos simultáneamente. Es rara la violencia provocada por el sí mismo, aun en el caso del suicidio, pues auto-infligirse un daño tiene en casi todos los casos una referencia social.

¿Cuáles son los datos culturales de la interacción entre las personas con los cuales puedo reconocer los previos del recurso a la violencia?

Dicho de manera general podemos aceptar que los modos de enfrentar la vida establecen las interacciones permitidas, las norman y las regulan. Las interacciones permitidas pueden ser

incluso violentas, por ejemplo, las que permiten a los hombres de una cierta comunidad tratar como inferiores a las mujeres o a los niños.

Es en las interacciones y sus características, es decir en la convivencia, que se revelan las normas y costumbres de una comunidad o una sociedad con relación al uso de la fuerza. También se revelan las condiciones para permitir el recurso a la fuerza y aun a la violencia. Paradójicamente, la convivencia también nos revela en sus formas y estilos los recursos culturales para impedir el descontrol de alguien o de algunos en el uso de la fuerza. También las condiciones para impedir que alguien o algunos descontrolados tengan acceso a la fuerza.

Norbert Elias nos ayuda a entender este tercer paso sobre la convivencia:

Hay un determinado tipo de organización de las relaciones sociales que encauza nuestra convivencia por sendas relativamente pacíficas. Al igual que el fuego del que nos servimos para prepararnos la comida es, al mismo tiempo, un peligro o un medio de destruir una casa; al igual que, digamos, la energía nuclear, que, por un lado, puede sustituir al petróleo como fuente de energía y puede convertirse, por otro, en un arma muy peligrosa, igualmente el invento del monopolio de la violencia es un arma de dos filos. Sólo quisiera mencionarlo, sin profundizar (1980:142).

La convivencia social estructura y define el valor real de los principios en los hechos. Lo que se permite o no, más allá de leyes o dichos públicos, es un indicador de cuánto y cómo se valora el uso de ciertos recursos culturales ambiguos, como dice Elías, y su permisividad.

Por ejemplo, ¿cuánto permitimos —valoramos— que un hombre le pegue a una mujer o a niños? Sucede o no según la estructura social nos lo haga sentir valioso o no. Si la sociedad no se conmueve con ese recurso a la violencia por parte de los hombres, sucederá. Si sucede o no, más allá de investigaciones o datos, nos los anuncia la convivencia, la forma como estructuramos nuestras interacciones entre unos y otros. Elías es optimista. Al fin la cita fue escrita en los lejanos años ochenta del siglo pasado. Además, es certero. La organización de nuestras relaciones sociales encauza la convivencia por la paz o por la violencia. Por eso la cuestión: ¿cómo convivimos?

Cuarto paso

¿Cómo aprendemos a convivir? Nuestra convivencia, si bien es una función de la estructuración social, no es una función determinista e inexorable, pues el ser humano es educable en cuanto a los recursos culturales se refiere. De ahí la importancia de revisar y verificar cuál es y dónde se produce y cómo, nuestro aprendizaje para convivir.

El lugar común dice que en la familia y la escuela, y sí. Sin embargo, familia y escuela son una expresión de la estructuración social, no son formas sociales independientes y soberanas, por eso podemos identificar cómo aprendemos a convivir.

La cuestión va más allá de qué enseñamos para que resulte un ser humano conviviente orientado a la paz y la verdad. Eso hemos intentado los últimos 100 años por lo menos. La cuestión hoy

es: ¿qué aprende el niño y el joven de nuestro modo de vida, de nuestro modo de hacer educación? La pregunta está enfocada a las prácticas culturales y su significado para los miembros jóvenes de nuestra sociedad.

Los jóvenes, según Elías

Necesitan perspectivas de futuro; necesitan un grupo de personas de la misma edad, un grupo que les ofrezca una cierta sensación de pertenencia en un mundo en el que las diferencias entre las distintas generaciones son muy grandes [...] y, en tercer lugar, necesitan un ideal, una meta que dé sentido a su vida y, aún más, que sea superior a la propia vida (1980:147).

Se refiere a los jóvenes alemanes y europeos, y se aplica a los mexicanos sin duda. Las prácticas culturales propias de nuestra familia y nuestra escuela: ¿les abre futuro a los estudiantes?, ¿no los deja inermes ante el desempleo?, ¿les da sentido de pertenencia a un grupo a una generación o sólo lo individualiza para competir y luchar contra todo y contra todos?

¿Estamos seguros que nuestras prácticas escolares y familiares ofrecen un sentido para la vida o sólo un horizonte de simulación, atropello, corrupción y sujeción? Puede parecer exagerado. De todos modos es una pregunta que requiere responderse en cada escuela y en cada familia. Es importante verificar el futuro, el proyecto y el sentido de vida que la sociedad estructura para los jóvenes y los niños, nuestros educandos cotidianos.

Final

La propuesta es sólo un mapa inicial para esbozar los puntos clave de un recorrido mucho tiempo pospuesto cuyas consecuencias ahora nos estallan en la cara, en la calle y en la vida misma. Es mejorable y se puede ampliar, incluso desechable por otros con mejores supuestos con tal de que no evadamos los significados de la violencia y los valores que en los hechos, personas e instituciones sociales, les damos a aquellos.

La universidad puede propiciar el tránsito por éste u otro mapa de significaciones, puede ofrecer los resultados del mapeo de significaciones surgido de ese tránsito, y además puede proponer las transformaciones en la estructura social requeridas para tener un futuro, una pertenencia y un sentido de la vida superior a la vida.

Los lectores tienen la palabra. ■

REFERENCIAS

- Elías, Norbert (1980) «Civilización y violencia». Conferencia dada en el Congreso Alemán de Sociología. En *Revista REIS*, 65/94, pp.141-151.
- Savater, Fernando (1997) *El valor de educar*. México: Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América.